

LA DIRECCIÓN ORQUESTAL EN LA FACULTAD DE ARTES Y CIENCIAS MUSICALES

EDUARDO PUGLIESE¹

Para muchos el 7 agosto de 1982 fue sólo una jornada de sábado soleada y apacible. Las ocupaciones e inquietudes de la sociedad argentina se debatían por entonces entre la superación de una ignominiosa derrota bélica y la posibilidad de una salida democrática. Para el reducido grupo de alumnos que cursábamos dirección orquestal en la Facultad de Artes y Ciencias Musicales el día se iniciaba bajo las expectativas de nuestro primer encuentro con la orquesta recientemente creada para la cátedra de dirección.

La mañana fue íntegramente dedicada al *Concerto Grosso Nro. 8* en sol menor, *Para la Noche de Navidad*, de Arcangelo Corelli. Pedro Ignacio Calderón, por entonces nuestro maestro de dirección, eligió a un circunspecto Julio Palacio, a quien admirábamos silenciosamente por su gran conocimiento del repertorio y experiencia, para romper por primera vez el hielo y hacer sonar los acordes del *Vivace* inicial.

Si bien el comienzo del recorrido formal de la Carrera de Dirección Orquestal se remontaba al inicio del dictado de clases en abril de ese mismo año, aquel fue sin dudas un momento significativo. Atrás habían quedado largos meses de planificación y los primeros concursos para integrar la orquesta, con la antigua casona de Humberto I poblada de instrumentistas. Finalmente llegaban estos primeros ensayos, y con ellos la certeza de que la música ocuparía a partir de ese momento un lugar diferente en la vida de la institución.

Todos conocemos la enorme cantidad de trabas administrativas, económicas, burocráticas y de otras especies que surgen en los cruciales momentos en que un nuevo proyecto se pone en marcha. Muchos de nuestros profesores de entonces colaboraron arduamente para que esto pudiera concretarse. Pero merece un especial y afectuoso recuerdo Roberto Caamaño, por entonces nuestro decano y principal mentor de esta carrera. Sé de su vocación por generar un espacio académico del más alto nivel procurando incorporar el modelo de enseñanza de las escuelas de música europeas en nuestra Facultad.

Siguiendo esos modelos impuso la necesidad básica del dominio del piano para el director de orquesta, y en esa misma línea incorporó en los tres años superiores la reducción al piano de la partitura de orquesta. Además, incluyó en el plan de estudios dos años de instrumento de cuerda y de viento, y un año de percusión, y nos convenció de las bondades de la expresión corporal para el director orquestal, por cierto una práctica de poca difusión por aquellos tiempos. También logró lo más preciado: contar con una orquesta para las prácticas, instrumento costoso e imprescindible que ha jerarquizado a la carrera durante más de 25 años.

¹ Eduardo Pugliese. Licenciado en Dirección Orquestal y Coral, es profesor en las cátedras de Lectura y Reducción de Partituras y Armonía III, de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la UCA. Se perfeccionó en dirección orquestal con Julius Kalmar en Viena y Milán y trabajó en el campo de la creación y promoción de orquestas juveniles en nuestro país. Fue coordinador del Programa de Orquestas Juveniles de la Secretaría de Cultura de la Nación donde actualmente es capacitador en dirección orquestal. Es director del Taller de Música Coral Contemporánea del Conservatorio 'Manuel de Falla' y director asistente de la Orquesta Académica de la Universidad Nacional de Lanús.

Así era nuestro decano: conservador e innovador a la vez, y tan lúcido como para armar una carrera equilibrada y con la más alta excelencia académica. Convenció a Pedro Ignacio Calderón para hacerse cargo de las cátedras de Dirección orquestal y de Lectura y reducción de partituras, a Julio Fainguersch para la de Dirección coral y a Haydée Francia como Profesora de instrumento de cuerda, quien comprendiendo finalmente lo estéril del esfuerzo para lograr nuestra dedicación al violín, decidió destinar gran parte de su clase a enseñarnos la invalorable técnica de colocar arcos en la partitura.

Mientras escuchaba con atención la grabación de ese primer ensayo que conservé casi inalterable después de veintiséis años, volví a recordar con emoción los primeros pasos y comencé a recorrer los años subsiguientes.² Distintos maestros sucedieron a Pedro I. Calderón en la cátedra de Dirección orquestal: Bruno D’Astoli, Antonio Russo, Guillermo Scarabino, y desde 2007 Carlos Vieu. De todos ellos, Guillermo Scarabino fue el que permaneció más tiempo y marcó una línea de estabilidad y reafirmación de la carrera, enriqueciéndola con su orden y elevado academicismo, y ubicándola en un lugar de jerarquía para nuestro medio. Maestros diversos, diferentes escuelas, con matices, todos fueron aportando las bases gestuales de una técnica que permita comunicar a la orquesta nuestra intención expresiva.

Si hay un aspecto donde percibimos un cambio a través de estos años es en el campo interpretativo. Somos en verdad seres cambiantes que evolucionamos día tras día y trabajamos con una materia que, inmovilizada en un trozo de papel cubierto de líneas y símbolos, espera el momento en que podamos decodificarla para que viva a través de nosotros y de nuestra interpretación. El símbolo es el mismo, la decodificación va cambiando según el enfoque de los diferentes maestros, según las escuelas, según las épocas. ¿Cómo tocaríamos hoy aquel primer Corelli? Posiblemente con bastantes diferencias de estilo, influidos por las corrientes historicistas y la investigación abrumadora que ha puesto sus ojos en el Barroco durante los últimos veinte años. Pero también nosotros hemos cambiado, y nuestra intención expresiva se modifica. Cuando estamos frente a la orquesta, tenemos la responsabilidad de conducir al grupo a través de una interpretación lo más fiel posible a la intención del artista creador.

Recordando las palabras de Hans Swarowsky:

“Puesto que en la música sólo tenemos lo escrito ante los ojos, no sólo el sabio, sino, en cualquier caso, todo intérprete realizador de lo escrito, si quiere hacer sonar la obra en forma válida, está ante la obligación de llevar a cabo aquel proceso del pensamiento que conduce al descubrimiento de los detalles a los que la obra debe su forma y su especial composición, de la intención y de la forma en que nos va a estimular.”³

Swarowsky, sin duda uno de los grandes maestros de la dirección orquestal en el siglo XX, nos pone frente a los grandes temas de debate de la enseñanza de la dirección: la defensa de la obra, el profundo respeto por el artista creador, el conocimiento del estilo predominante en cada época, las relaciones entre las diferentes escuelas y la contextualización del artista en el medio en que le fuera dado desarrollarse.

Una de las funciones esenciales del maestro de dirección refiere justamente a nuestra formación como intérpretes. Haber contado siempre con buenos maestros ha sido

² Véase el DVD que complementa este número especial.

³ Swarowsky, 1988: 12.

uno de los soportes que elevaron nuestra formación profesional. También lo fue haber conservado la orquesta como instrumento imprescindible para la cátedra, consiguiendo su ampliación hasta alcanzar la conformación actual y su perfeccionamiento a través de concursos. La orquesta es el medio que permite expresarnos y darle vida a esa materia inmóvil que es la partitura. Instrumento costoso y jerarquizado, permite al alumno de dirección vivenciar realmente la interpretación, desarrollando sus posibilidades expresivas.

Finalmente, pienso en el campo laboral, y creo que las condiciones de un desarrollo profesional están cambiando favorablemente. A excepción de las recientemente creadas orquestas de Salta y Neuquén, el campo de las orquestas profesionales no se modificó significativamente, pero es notorio el surgimiento casi explosivo a lo largo de todo el país de diferentes programas o proyectos de orquestas y bandas infanto-juveniles. Sin relevamientos actualizados, organismos oficiales ubicarían en un número cercano al centenar la cantidad de agrupaciones que se crearon en los últimos diez años. Si pensamos en que no existía en nuestro país una tradición arraigada en lo cultural respecto de la orquesta juvenil como institución a la manera de los países anglosajones, resulta muy auspicioso observar este crecimiento exponencial en tan poco tiempo. En tanto estos proyectos crezcan, requerirán de más y mejores maestros de dirección con adecuada formación profesional.

Vuelvo a aquella mañana de agosto de 1982, y pienso en la consolidación del camino iniciado, cuyo devenir transcurre sin pausas desde hace 26 años. Carlos Calleja, Hernán Cibils, Jorge Idelsohn, Ezequiel Izcovich, Roberto Pérez, Julio Palacio, Guillermo Silveira y quien esto escribe, fuimos los primeros testigos y actores de esos inicios. Con ellos quiero compartir el recuerdo de haber dado los primeros pasos.

Una generación después tenemos hoy en Dirección orquestal III, diecisiete alumnos aproximándose al final de su carrera y al inicio de su vida profesional: Nicolás Agulló, Pablo Banchi, Gonzalo Boti, Cecilia Cabriza, Cristian Campos, Diego Censabella, Carola Costa, Felipe Delsart, Martín Díaz, Pablo Fernández, Matías Fierro, Silvina Hilbert, Nicolás Kapustiansky, Martín Merayo, Ileana Ovin, Gabriel Safronchik y Silvina Valdetaro. Como docente de Lectura y reducción, me toca hoy acompañarlos en el camino de su formación. A ellos dedico el futuro, ya que su devenir recién se inicia, y el deseo de que puedan ser continuadores de la tradición académica que recibimos de nuestros maestros.

BIBLIOGRAFÍA:

SWAROWSKY, Hans.

1988 *Dirección de orquesta, Defensa de la Obra*. Madrid: Real Musical.